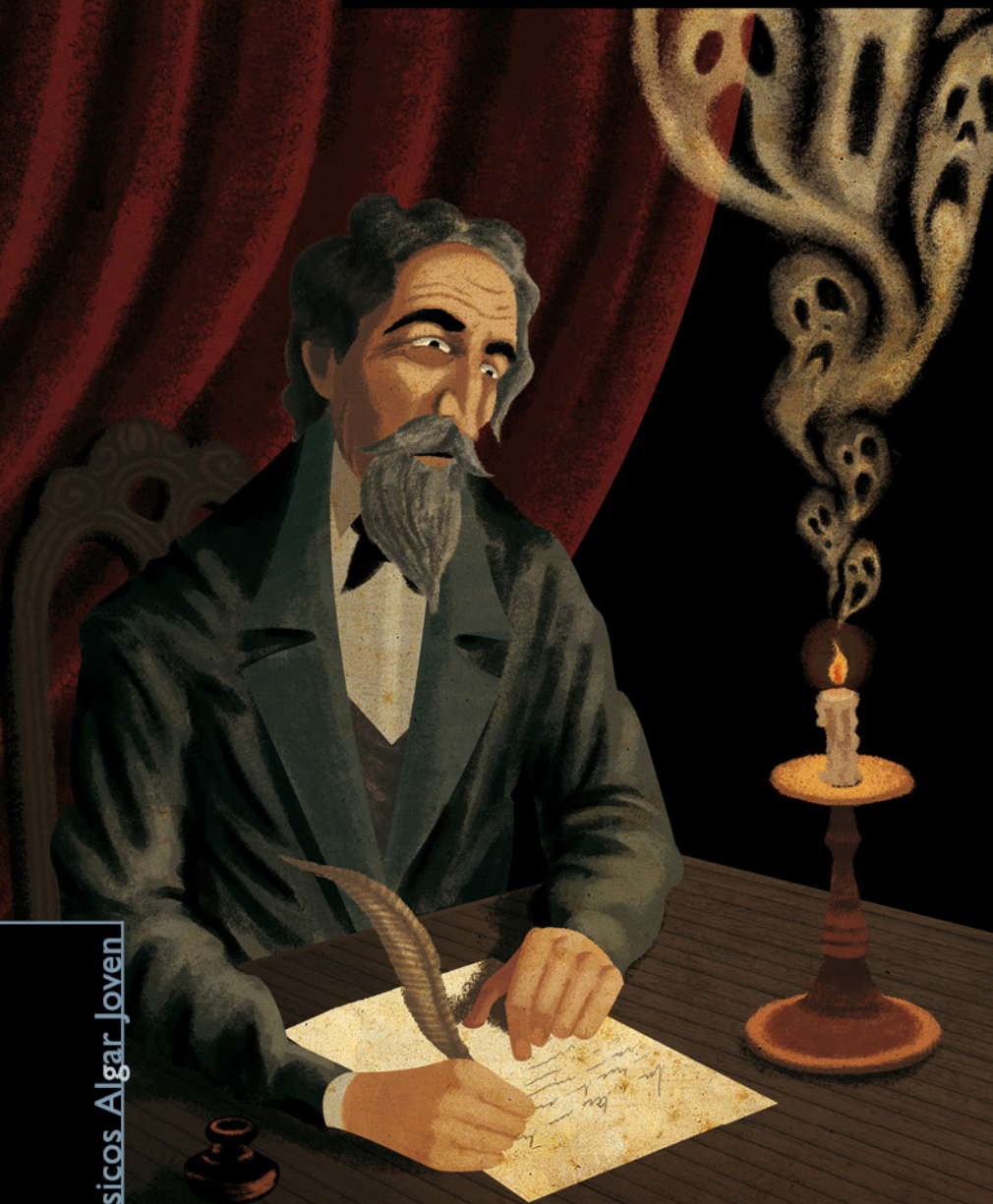


# Relatos de fantasmas

Charles Dickens



Clásicos Algar Joven

200 años de un clásico universal

Una tarde de invierno alrededor de las cinco, justo cuando comenzaba a anochecer, se podría haber visto a un hombre en una calesa apremiando a su cansado animal por el camino que atravesaba los Marlborough Downs,<sup>1</sup> en dirección a Bristol. Digo que se le podría haber visto, y no me cabe duda de que se le habría visto, si alguien que no fuera ciego hubiera estado de paso por aquel lugar; pero el tiempo era tan malo y la noche tan fría y lluviosa que no había nada al raso salvo el agua; y así el viajero avanzaba lentamente por el medio del camino, ya bastante solitario y cansino. Si algún viajante de aquellos días hubiera visto aquella especie de calesa desesperada, con armazón de color arcilla y ruedas rojas, y aquella malhumorada, apresurada y astuta yegua baya que parecía un cruce entre el caballo de un carnicero y un poni de correos de tres al cuarto, habría sabido al instante que aquel viajero no podía ser otro que Tom Smart, de la gran casa de Bilson y Slum, en la calle Cateaton, Londres. Sin embargo, como no había ningún

---

1. Zona de gran belleza natural del sudeste de Inglaterra, al oeste de Londres, que comprende diversos condados. (N. de los T.)

viajante por allí, nadie supo nada de este asunto; y así Tom Smart y su calesa de color arcilla y ruedas rojas, y la astuta yegua de paso apretado, continuaron el camino juntos, guardando el secreto entre ellos, y nadie se enteró de nada.

Hay muchos lugares más gratificantes, incluso en este inhóspito mundo, que los Marlborough Downs cuando el viento sopla fuerte; y si a esto se añade una triste tarde de invierno, un camino inundado y enfangado y un fortísimo aguacero, y se prueba el efecto, a modo de experimento, en la propia persona de uno, se comprobará toda la fuerza de esta observación.

El viento no soplabá ni a favor ni en contra (esto último ya habría sido bastante cruz), sino completamente de través, haciendo que la lluvia cayera al bies y dibujase líneas como las que se usaban para pautar los cuadernos de caligrafía con el fin de que los niños marcaran bien la inclinación de la letra. Por un momento cesaba y el viajero comenzaba a hacerse la ilusión de que, agotado por la reciente furia, se hubiera retirado a descansar apaciblemente, cuando, ¡diablos!, lo oía rugir y silbar en la distancia. Y avanzaba, precipitándose desde las colinas y azotando las llanuras, ganando fuerza y estruendo conforme se acercaba, hasta que se estrellaba con una fuerte ráfaga contra el hombre y la bestia, incrustándoles la punzante lluvia en los oídos y su aliento frío y húmedo en los mismísimos huesos; y los dejaba atrás y seguía avanzando hacia la lejanía, con un estremecedor rugido, como si se mofara de su debilidad y celebrase la victoria, conoedor de su fuerza y su poder.

La yegua baya chapoteaba entre el barro y el agua, con las orejas gachas; de cuando en cuando sacudía la cabeza como para expresar su hastío por el tan poco caballeroso comportamiento de los elementos, pero manteniendo un buen ritmo, no obstante, hasta que una ráfaga de viento, más feroz que ninguna de las que hasta el momento los habían atacado, la hizo parar de repente y hubo de afianzar sus cuatro patas firmemente sobre el suelo para evitar que el viento la derribase. Fue una gran suerte que así lo hiciera, porque si la hubiera derribado, era tan ligera la astuta yegua, y era tan ligera la calesa, y era Tom Smart un peso tan ligero en aquel lote también, que todos ellos sin duda habrían ido rodando y rodando juntos, hasta alcanzar los confines de la tierra o hasta que el viento cesara; y en cualquiera de los dos casos era probable que ninguno, ni la astuta yegua ni la calesa de color arcilla con ruedas rojas ni Tom Smart, hubiese vuelto a estar capacitado para el oficio.

—Pues bien, malditas sean mis correas y mis bigotes—dijo Tom Smart (Tom tenía en ocasiones la fea costumbre de blasfemar)—. Malditas sean mis correas y mis bigotes—dijo Tom—, si esto no es agradable ¡que me lleve el viento!

Muy probablemente se preguntarán por qué, si el viento ya le había azotado de lo lindo, expresó Tom Smart este deseo de verse sometido al mismo proceso otra vez. No sabría decirlo. Lo único que sé es que Tom Smart dijo eso, o al menos que siempre le dijo a mi tío que dijo eso, lo cual es lo mismo.

—¡Que me lleve el viento!—dijo Tom Smart, y la yegua relinchó como si fuera exactamente de la misma opinión.

—Alegra esa cara, amiga —dijo Tom, acariciándole el cuello a la yegua con el extremo de la fusta—. No servirá de nada empeñarse en seguir adelante en una noche como esta; pararemos en la primera casa que encontremos, así que cuanto más te apresures más pronto acabará esto. So, pequeña, tranquila, tranquila.

Si la astuta yegua estaba bastante familiarizada con los tonos de voz de Tom para comprender lo que quería decir, o si es que tenía más frío parada que en movimiento, es obvio que no sabría decirlo. Pero sí sé decir que, apenas hubo terminado de hablar Tom, la yegua alzó las orejas y comenzó a avanzar a una velocidad que hacía traquetear la calesa de color arcilla hasta tal punto que parecía que todos y cada uno de los radios rojos iban a salir volando sobre la hierba de los Marlborough Downs; y ni siquiera Tom, firme como él era, pudo detener ni controlar el paso de la yegua hasta que esta se paró, por propia voluntad, ante una posada situada al lado derecho del camino, como a cuatrocientos metros del final de las colinas de los Marlborough Downs.

Tom echó un vistazo rápido a la parte superior de la casa a la par que echaba las riendas al mozo de cuadra y guardaba la fusta en su sitio. Era un edificio viejo y extraño, construido con una especie de guijarros, con vigas incrustadas, ventanas cubiertas a dos aguas que daban de lleno al camino y una puerta baja en un porche oscuro, con un par de peldaños empinados que bajaban hacia la casa, en lugar de hacerlo a la moderna, con media docena de peldaños bajos que suben hacia ella. El lugar se intuía agradable a pesar de todo, pues surgía una intensa

y acogedora luz de la ventana enrejada que arrojaba un brillante haz sobre el camino, e incluso iluminaba la cerca del otro lado; y en la otra ventana titilaba una luz roja, ahora apenas perceptible, ahora brillando con fuerza a través de las cortinas, lo que insinuaba que un cálido fuego ardía en el interior. Gracias a su vista de viajero experimentado, Tom pudo advertir estos pequeños detalles. Luego desmontó con tanta agilidad como le permitieron sus extremidades medio congeladas y entró en la casa.

Menos de cinco minutos después, Tom estaba cómodamente instalado en la sala de enfrente de la barra (la misma habitación donde había imaginado el fuego ardiendo) ante un fuego real y auténtico, alimentado por una buena cantidad de carbón y la leña correspondiente a media docena de buenos groselleros espinosos apilada hasta la mitad de la chimenea, que crepitaba y rugía con un sonido que de por sí habría calentado el corazón de cualquier hombre razonable. Todo esto ya era agradable, pero no era todo, pues una joven bien vestida, de ojos vivos y finas pantorrillas, estaba poniendo un mantel muy limpio sobre la mesa; y Tom, sentado de espaldas a la puerta abierta con las zapatillas sobre el guardafuego, vio el encantador panorama del bar reflejado en el espejo que había sobre la repisa de la chimenea, con preciosas hileras de botellas verdes y etiquetas doradas, junto con tarros de alimentos en escabeche y conservas, y quesos y jamón cocido, y redondos de ternera dispuestos en los estantes de la forma más tentadora y deliciosa. Bueno, esto también era agradable, pero seguía sin ser todo, pues en el bar, tomando el té en la mesita más preciosa que se

pueda imaginar, muy cerca del pequeño fuego más vivo que se pueda imaginar, había una viuda lozana que debía de tener unos cuarenta y ocho años, o por ahí. Su cara era tan agradable como el bar, y evidentemente ella era la dueña de la posada y absoluta soberana de todas aquellas agradables posesiones. Había un único inconveniente en la belleza de aquella imagen, y era un hombre alto —un hombre altísimo— con una chaqueta marrón y botones relucientes que imitaban la textura del mimbre, de bigote negro y pelo ondulado también negro, que tomaba el té con la viuda y que —no hacía falta ser muy agudo para descubrirlo— llevaba camino de convencerla de que dejara de ser viuda y le concediera el privilegio de quedarse sentado en aquel bar durante el resto de su vida natural.

Tom Smart no era para nada un hombre de carácter irascible o envidioso, pero de una u otra forma el hombre alto de la chaqueta marrón y los botones relucientes que imitaban la textura del mimbre despertó en él la poca rabia que albergaba y le hizo sentir extremadamente indignado, sobre todo ahora que de vez en cuando alcanzaba a ver, desde su asiento ante el espejo, ciertos detalles afectuosos de familiaridad entre el hombre alto y la viuda, lo cual era bastante para advertir que la altura del hombre era comparable a la altura del favor del que gozaba. Tom siempre le había tenido apego al ponche caliente (me atrevería a decir que le tenía mucho apego al ponche caliente), y después de ver a la astuta yegua bien alimentada y bien acomodada, y de haber dado buena cuenta de la succulenta cena caliente que la viuda le había preparado con sus propias manos, pidió un vaso, a modo de experimento. Pues

bien, si entre la amplia gama de artes domésticas había alguna que la viuda dominara mejor que las otras, era este destilado concreto; y el primer vaso satisfizo el gusto de Tom Smart de modo tan cumplido que pidió un segundo con la menor demora posible. El ponche caliente es algo agradable, caballeros, algo extremadamente agradable en cualquier circunstancia; pero en aquel acogedor salón, ante un magnífico fuego, con el viento soplando afuera hasta el punto de que todas y cada una de las vigas de la vieja posada crujían de nuevo, a Tom Smart le pareció algo absolutamente delicioso. Pidió otro vaso, y luego otro, y no estoy muy seguro de si pidió otro tras este; pero cuanto más ponche caliente bebía, más pensaba en el hombre alto.

—¡Maldita sea su insolencia! —dijo Tom para sus adentros—. ¿Qué se le habrá perdido en este barecito? ¡Y vaya un tunante está hecho, y qué feo es! —añadió Tom—. Si la viuda tuviera algo de gusto, seguro que escogería a un acompañante mejor.

En este punto, la mirada de Tom se desplazó del espejo sobre la repisa de la chimenea al cristal de la mesa, y al sentir que poco a poco se iba poniendo sentimental, vació el cuarto vaso de ponche y pidió un quinto.

Tom Smart, caballeros, siempre había sentido mucho afecto por la vida pública. Desde hacía mucho tiempo tenía la ambición de estar en su propio bar, vestido con chaqueta verde, calzones y botas altas. Le hacía una gran ilusión presidir una cena agradable, y a menudo pensaba en lo bien que se le daría una sala propia por lo que respecta a la oratoria, y en el magnífico ejemplo



que podría dar a sus clientes en el campo de la bebida. Todas estas cosas pasaron rápidamente por la cabeza de Tom mientras se bebía el ponche caliente, sentado junto al cálido fuego, y sintió una muy justa y comprensible indignación ante el hecho de que el hombre alto llevase camino de hacerse con tan excelente casa, mientras que él, Tom Smart, solo podía soñar con ello. Así pues, tras reflexionar durante los dos últimos vasos sobre si estaba o no en su derecho de buscar pelea con el hombre alto por haber logrado gozar del favor de la viuda lozana, Tom Smart llegó finalmente a la conveniente conclusión de que era un hombre maltratado y perseguido, y de que más le valdría irse a la cama.